

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

Ese feo vicio del trabajo

La Biblia enseña que Dios castigó el pecado original que cometieron Adán y Eva no sólo expulsándolos del Paraíso Terrenal. También condenó a la mujer a parir con dolor, y al hombre a ganarse el pan con el sudor de su frente. Con el correr del tiempo, las hijas de Eva, seguramente por solidaridad con el hombre, quisieron compartir la maldición divina que pesaba sobre ellos y compartieron el castigo del trabajo.

Pienso que la sabiduría divina anticipó la posibilidad de que el hombre eludiera el castigo y, para evitarlo, inculcó en él el bichito de la competencia.

Así hemos ido creando una organización social en que trabajamos, más que para ganarnos el pan, para ganarle al vecino. Desde que entramos a la primaria nos instan a ser los mejores del curso, y se crean diversos estímulos para ello: cuadros de honor, premios y becas para el que les gana a los otros. Después, cuando podemos aspirar a la educación superior, nos ofrecen "carreras" universitarias, y en ellas seguimos corriendo para ganar. Ya en pleno período laboral, el anzuelo de los ascensos, promociones y aumentos de sueldo nos induce a seguir trabajando arduamente para ganarle al otro, y ya nadie se acuerda de que el objetivo del trabajo es "ganarse el pan".

Quienes tienen ampliamente satisfechas sus necesidades básicas son los que con más ahínco trabajan. Y cuando una actividad no corresponde a ninguna necesidad, se convierte en un vicio. Los norteamericanos han acuñado el término de *workaholic* y, en verdad, una parte importante de la población del mundo, justamente la que corresponde a los que nos dirigen y sirven de ejemplo para las jóvenes generaciones, está formada por "adictos al trabajo".

Esto significa, si la lógica no me engaña, que estamos en manos de unos viciosos.

Hace muchos años asistí a una reunión social en Nueva York donde se comentaban con entusiasmo los planes de reducir en todo el mundo la jornada de trabajo. Pensé que esos hombres y mujeres, que me constaba trabajaban arduamente, se felicitaban por la posibilidad de disponer de más tiempo para gozar de la vida, hasta que uno de ellos dijo, con la aprobación general: "En los próximos años la industria de la entretención tendrá un gran auge. Hay que entrar en ella". Yo, de inmediato, protesté. Una jornada laboral más



corta debía significar que tuviéramos más tiempo para la reflexión, la contemplación y para hacer las cosas que nos agradan, pero no para ponerse a producir como malos de la cabeza elementos de entretención que harían que otras personas, para adquirirlos, tuvieran que ponerse a trabajar también como malos de la cabeza. Se me quedaron mirando con el desprecio que los laboriosos anglosajones sienten por un flojo latinoamericano. "Pero no te das cuenta -me indicó uno de los contertulios- que si todos pensarán como tú se derrumbará la economía mundial". Ante esa acusación de terrorismo económico, tuve que guardar silencio sin saber qué decir. Sólo muchos años después, en un pueblito español, encontré escrita en una vasija de greda la frase que debía haber dicho en esa oportunidad: "El trabajo es para los que no tienen nada que hacer".

Por cierto que todo lo anterior es fruto de mis reflexiones durante las vacaciones, mirando el mar desde mi casa en la playa, escuchando a Mozart y bebiendo un gin tonic. En esas circunstancias, saqué mis cuentas: tenía un buen seguro médico y entradas que me permitían un austero "buen pasar". Y tomé la trascendental decisión: no trabajaría nunca más; ya había completado la cuota que me correspondía de la maldición bíblica.

Pero cuando volví a Santiago, el bichito de la competencia me picó: ¿me iba a quedar con el mismo auto viejo cuando el vecino acababa de alardear con su Toyota de un color rojo estridente? ¿No me daba vergüenza quedarme en la casa leyendo, viendo TV y escuchando música mientras los demás trabajaban afanosamente?

Decidí, pues, posponer mi decisión por un año. Ganar dinero no le hace mal a nadie. Este año trabajaré duro y desde el próximo me dedicaré al ocio.

Siempre que este año no me llegue el infarto al miocardio.

Tapitas premiadas

Con profunda extrañeza veo la propaganda de la Pepsi Cola, con sus famosas tapitas premiadas. El 9 de abril de 1992 me gané dos millones de pesos con la tapa 688. Se dio el sorteo por televisión y se publicó en el diario *Las Últimas Noticias*, igual como se está haciendo en estos momentos el concurso.

Imagínese, señor director, la ale-

gría que tuve al saberme ganadora, ya que estaba sin trabajo y mi padre venía saliendo del Hospital JJ. Aguirre de una costosa operación. El premio nos permitía solventar la operación y pagar otras cosas. Llamé por teléfono a las oficinas de la Pepsi Cola para saber qué tenía que hacer con la tapita premiada y me dijeron que fuera a las oficinas, pues allí me iban a cancelar el premio. Llegué a las 11 horas, había mucha gente; nos

PALABRA DE LECTOR

hicieron pasar a un anfiteatro donde nos dijeron que había un error, que ese no era el número premiado, que el diario y la televisión se habían equivocado, etcétera, etcétera, etcétera.

Como usted comprenderá, los que estábamos ahí empezamos a protes-

tar. A muchos nos habían entregado papeletas de comprobante por la cantidad en pesos de la tapa. Entonces se nos tiraron encima y rompieron las papeletas, nos hicieron salir con los carabineros, nos empujaron, fue algo espantoso.

¡Qué desilusión! El premio que nos dieron fue hacernos la gran "tapa". Por eso me extraña el nuevo concurso de la Pepsi Cola, y no me cabe duda de que a más de una

* ESTEBAN VALENZUELA VAN TREEK

TRIBUNA

Tamaño crítico

Los griegos decían que sólo hay democracia cuando los gobernantes pueden ver con sus ojos a todos los miembros de la ciudad-estado reunidos en asamblea. El afamado economista Schumacher afirmó que el tamaño crítico máximo para una ciudad era de 500 mil habitantes. Han pasado más de veinte años desde la publicación de su libro profético, *Lo pequeño es hermoso*, donde hace una ferviente reivindicación de la descentralización, de las economías locales a escala humana, la tecnología apropiada, las empresas pequeñas y el fortalecimiento de los poderes locales.

Lo pequeño tiene sin duda la virtud de que ofrece la posibilidad de participar, mirarse cara a cara, conversar, y por cierto, la posibilidad de controlar a tiempo los actos ilícitos.

Por ello hay que estar satisfechos de que la fiscalización de los poderes municipales -concejales, Contraloría, organizaciones comunitarias- esté funcionando, pues eso ha permitido corregir diversas situaciones y juzgar a las personas que han cometido actos impropios. Hacemos estas reflexiones para salirle al paso a la soterrada campaña que pretende demostrar que la descentralización ha sido un fracaso, basándose en los actos desafortunados en que han incurrido algunas personas aisladas.

Podemos afirmar categóricamente que en el campo municipal hay fiscalización, una fiscalización técnica, política y social. Se conoce a la gente y se conocen sus actos. Es muestra de salud de un sistema la posibilidad de detectar a tiempo sus debilidades.

Esta realidad local contrasta con el gigantismo de Codelco y la magnitud de sus

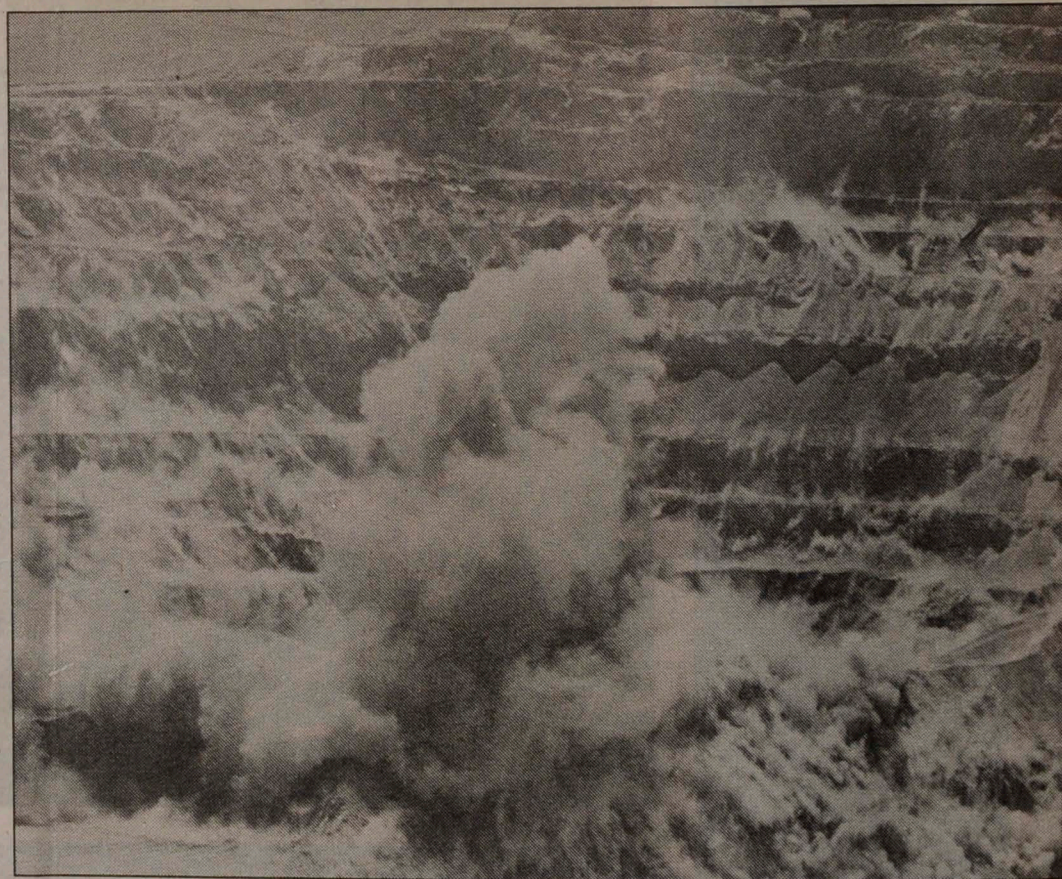
pérdidas. ¿Dónde estaban los controles internos? ¿Qué hacían los gerentes encargados de supervisar las ventas? ¿Dónde estaba la fiscalización de los sindicatos? ¿La Contraloría General de la República revisa la marcha de esta empresa pública, una de las grandes del mundo, con la misma periodicidad y la misma minuciosidad con que examina la gestión de los municipios?

Podemos afirmar que si cada una de las divisiones de Codelco se hubiera constituido como una empresa autónoma, las pérdidas no habrían ocurrido o habrían sido mucho menores. Sí, lo gigantesco es monstruoso. En Rancagua la gente sabe cómo están El Teniente y Talleres. Los sindicatos se informan oficial y extraoficialmente. La gente habla y en el hablar -el injusto y el sensato- se expresa la preocupación por lo propio, se verifica la fiscalización social, el milagro de lo local. Si existiera control local, sería imposible que en Andina, El Salvador, Chuquicamata o El Teniente hubiera cajas negras o cajas de Pandora en un asunto decisivo para la marcha del negocio, las ventas.

El centralismo ahoga, mortifica el alma. Es todo tan grande y aparatoso, que las responsabilidades se diluyen: ¿Dónde está el poder? ¿Quién manda? Un error local es un error pequeño. Un error en la empresa gigante es siempre un error monstruoso.

Saquemos bien las cuentas. Chile necesita más poder local y menos centralismo. Ojalá se lleve a cabo la gran reforma municipal que está pendiente (llamada modernización en la jerga actual), que en lo esencial significa un cambio de actitud: confiar en la gente.

* Alcalde de Rancagua.



persona le pasará lo mismo que a mí, ya que estos concursos se graban para todo el mes, así que hay tiempo de más para corregir algún error. Por eso tengo la duda sobre el sorteo del año 1992.

Esperando que mi carta pueda tener acogida en su prestigioso diario, se despide de usted,

Ana María G. F.
VIÑA DEL MAR